

De lo que se come se cría

| Manuel Xestoso |

Los restaurantes suelen estar en el margen de las carreteras y de las vías importantes; los furanchos, en carreteras secundarias y pistas sin asfaltar. Los restaurantes salen en las revistas ilustradas, y nombrados críticos gastronómicos glosas sus creaciones culinarias; los furanchos deben conformarse con el boca a boca, con la recomendación de un vecino o con los rumores que indican donde se puede beber un vino decente. En los restaurantes comen las clases dominantes, que no por dominantes tienen mejor gusto; en los furanchos se alimentan otras clases, las que no dominan nada pero saben cuando el jamón está para comer y distinguen el vino de la aguachirle.

Ibuprofeno teatro parte de la convicción de que, si el teatro fuese materia comestible, el teatro gallego se serviría en furanchos y eso, depende de como se mire, puede ser un impedimento o una oportunidad. Pero, como en todo, el contexto juega sus cartas y, al final, resulta que las revistas ilustradas editadas para las clases dominantes también las leen las otras clases, las que no dominan ni siquiera su tiempo libre. Y claro, de tanto leer la crítica gastronómica escrita para las clases dominantes, acabamos creyendo que el aguachirle servida en copas de cristal fino tiene más valor que un tinto del país bien cultivado.

Los primeros damnificados son los trabajadores, que abocados a convertirse en empresarios -que diga, emprendedores- pueden acabar entregados a actividades tan absurdas como elaborar centros florales con hojas de bacalao: todo en aras de la competencia. Pero también los comensales acaban por ver disminuida la oferta en las cartas de menú y es bien sabido que una dieta poco variada tiene las más perniciosas consecuencias para la salud.

La metáfora gastronómica da para hora y media de espectáculo en el que la pobreza cultural (o culinaria) a la que se viene sometiendo al país se cocina mezclando mucho humor y un chorro de mala baba. El furancho es un local donde los platos, como la venganza, se sirven fríos donde un cartel indica en letras grandes que el cliente no siempre tiene la razón. De hecho, hay un monólogo acusador que se dirige al cliente -al espectador- y que debería ser materia de reflexión obligada para todo aquel que tenga alma de gourmet: ¿es el gusto una potencia del alma o un hábito adquirido?

Más allá de cuestiones metafísicas, este es un panfleto en clave interna (su origen está en un texto escrito por Cortegoso para la entrega de los premios María Casares) que, no obstante, trata cuestiones que afectan a toda la sociedad. Y las trata sin caer en la obviedad ni en el corporativismo, apuntando a los nexos que unen los problemas laborales de un sector profesional con preocupaciones de más altura sobre que caminos elige la sociedad para definirse. ¿Preferimos las crêpes o las filloas? ¿O nos entregaremos sin miramientos al imperio de la hamburguesa barata? La opción que escojamos tiene una importancia fundamental para el futuro de nuestros aparatos digestivos. Y ya sabemos que no se debe tragar con todo.

O furancho de Santiago Cortegoso

Compañía: Ibuprofeno Teatro

Dirección: Santiago Cortegoso

Elenco: Marián Bañobre e Isabel Risco

Iluminación: Salvador del Río

Movimiento escénico: Carmela Bueno